

Año LXXIX

DICIEMBRE DE 1936

Núm. 9

BOLETÍN OFICIAL
DEL
OBISPADO DE CORDOBA



SUMARIO

Exhortación Pastoral del Excmo. Sr. Obispo al pueblo fiel.

CÓRDOBA

IMP. «EL DEFENSOR», AMBROSIO MORALES, 6

Miércoles 30 de Diciembre de 1938

AÑO LXXIX



NÚM. IX

Boletín Oficial Eclesiástico

DEL

OBISPADO DE CÓRDOBA

EXHORTACIÓN PASTORAL

A nuestros amadísimos diocesanos

Venerables Hermanos y Amados Hijos:

La rebotante alegría que experimenta nuestro corazón paternal al verse entre los hijos queridos, después de prolongada y dolorosa ausencia, pone la pluma en nuestra mano para dirigiros esta exhortación que es, más bien, un saludo, un desahogo y como

un devoto rosario de confidencias del padre que se expansiona en sus muy amados hijos.

Retrotraigamos el recuerdo al final de Junio. Coincidiendo con la gran Pascua de Pentecostés en que se derrama sobre la Iglesia, con la venida del Espíritu Santo, la fortaleza contra la lucha de todos los siglos que la mueve e impulsa hacia una santificación sobrenatural desconocida por completo fuera de la Religión católica, practicamos los «Ejercicios espirituales» con nuestro clero, de cuya adhesión a su Prelado damos continuas gracias a Jesucristo, Señor y Sacerdote eterno, por habernos adscrito, para la salvación de las almas, tan dignos ministros y celosos cooperadores. Habíamos glorificado con el más férvido homenaje el misterio del Smo. *Corpus Christi* y su octava solemnísimas; ofrecimos el santo sacrificio de la Misa ante el Monumento erigido en Las Ermitas conmemorando «el misterio de las misericordias» para con el mundo que tanto se aleja de Dios, el misterio dulcísimo del Sagrado Corazón de Jesús; y habiendo despedido a nuestros queridos seminaristas, nos alejábamos de vosotros en busca del descanso necesario para recobrar energías y seguir laborando más intensamente por nuestro aprovechamiento espiritual, esperando volver a veros pronto con el gozo constantemente renovado de encontrarnos entre vosotros. Ignorábamos lo que Dios Nuestro Señor tenía dispuesto en su Providencia amorosísima respecto a nuestra amada Patria, si bien nuestro espíritu iba desasosegado por tristes barruntos y nu-

blados presentimientos de tempestad, motivados por la persistente y oscura nube que de tiempo atrás venía envolviéndonos y que hacía presagiar la fatídica tormenta, pues los derroteros por los que se impelía a nuestra España, inexorablemente conducían, más pronto o más tarde, a una general conmoción y trance gravísimo, como esas crisis que Dios permite por la prevaricación de las Naciones que se despeñan hasta el borde del abismo, y el mismo Señor las salva por el doble misterio de su amor y de su poder. Vino, pues, la tempestad, como se forman las grandes catástrofes, *a la manera que se forja el rayo—dice el Evangelio—que brilla súbito en la nube al Oriente y corre hasta el Occidente.*

De modo inopinado, ensombrecido el cielo por negras nubes, cruzó la atmósfera un rayo deslumbrador, sonó una fuerte y pavorosa detonación, extendiéndose con sonido de clarín de guerra por toda España el emocionante eco de la tragedia y fulminantemente se desencadenó la borrasca con augurios y destellos de encendido patriotismo.

De esta suerte sobrevino la no insospechada cruenta revolución nacional, en la cual somos todos actores, unos en el centro de la tempestad, otros en la periferia y otros un poco más lejos de la vorágine, pero todos envueltos en la granizada del azote y en el viento huracanado del acero. Por esto podéis comprender, hijos amadísimos, que emoción sentirá vuestro Padre y Prelado al poder nuevamente saludaros con las pala-

bras del Apóstol: *La gracia de Dios sea con vosotros y a todos llegue mi saludo de paz que procede de Nuestro Señor Jesucristo* y que entonaron los ángeles en la noche de Navidad.

Tal vez algunos deseáis conocer al detalle cómo fué nuestra liberación, pero no debéis parar la consideración en nuestra propia pequeñez, sino extender vuestra cristiana solicitud hacia lo que han tenido que sufrir, entre gritos de angustia, carísimos diocesanos nuestros y cohermanos vuestros en los que tanto pensábamos Nos cuando supimos de sus dolores, al salir del tunel de absoluta incomunicación con todo el resto de España en que la horda comunista, los llamados «hijosmalditos de Caín» nos habían tenido encerrado; debeis, por último, fijar la atención en las ruinas y vejaciones que los desalmados enemigos de Dios han acumulado sobre nuestra ensangrentada Patria, dando con ello un paso de regreso a la barbarie.

Por lo que a Nos atañe, básteos saber que todo lo que hemos padecido, lo ofrecimos por nuestra querida España, habiéndolo dulcificado el Señor con tales y tantas consolaciones, que cabe repetir con el Apóstol: *Ha sobreabundado el gozo a nuestra tribulación.* Porque vosotros, V. H. y a. h., de manera tan delicada os apresurásteis a interesaros por nuestra salud, con fervientes oraciones públicas y privadas—que nunca agradeceremos lo bastante—con cartas, telegramas y mensajes de cariñosa veneración y afecto, que sinceramente hemos de confesaros que la emoción nos ga-

naba profundamente a cada testimonio que recibíamos de vuestro filial amor, y liberado ya, pudimos volvernos a Dios y decirle con Isaías: *Vos ¡oh Dios mío!, habíais sido siempre para este vuestro siervo, pero más especialmente ahora, la esperanza tras la tempestad, la sombra refrigerante después de la abrasadora fatiga del desierto.* Sin contar, además, que libre apenas del alcance de nuestros encarnizados perseguidores, se nos abrían los fraternales brazos del queridísimo Sr. Obispo de Palencia, Doctor don Manuel González, quien nos proveyó rápidamente de todo, rodeándonos de amorosos cuidados y regalándonos con sus inagotables bondades, poniendo en ello tan efusiva cordialidad, que más que reposo para la curación de nuestras heridas—de las que brotaban sangre y lágrimas—era su deliciosa compañía sabrosísima caricia y deleitable consolación del alma.

Pues cuando de Palencia nos trajo a Burgos su Metropolitano, nuestro antiguo y dilectísimo amigo el Excmo. Sr. Dr. don Manuel de Castro, nos abrió con su peculiar franqueza—al estrecharnos entre sus brazos—todas las puertas de su Palacio y, aparte la solera de sus castellanas hidalguías, pudimos evocar, desde aquellas habitaciones, la lejanía de nuestros estudios sacerdotales hechos en el glorioso Seminario Burgense y el recuerdo de antiguos compañeros y amigos de quienes hemos estado recibiendo, durante todo el tiempo de nuestra curación, constantes y afectuosas visitas,

Y los breves días que pasamos con el Reverendísimo y tan amado Señor Obispo de Pamplona, envuelto en atenciones y ternuras de este bondadísimo Hermano, se saturó el ánimo al percibir por doquier en la ciudad, en el campo y en los caminos la enardecida vibración patriótica de la heroica, invicta y católica Navarra.

Este mismo bienestar que tanto nos obliga al agradecimiento para con nuestros Venerados Hermanos en el Episcopado, punzaba más vivamente aún nuestro corazón al acordarnos de vosotros. Es verdad que no toda la Diócesis se ha visto anegada por el diluvio de la revolución marxista, salvándose algunos pueblos, además del privilegio misericordioso que concedió Dios a esta Capital, gracias a los dos Custodios con que cuenta Córdoba por fortuna suya; pero ¡cuántas expoliaciones!, ¡cuántos estragos!, ¡cuántos sacrilegios!, ¡cuántas víctimas!, ¡cuántos horrores y atropellos.....!, la imaginación no lo concibe, ni la palabra acierta a expresarlo. Cuando llegaban a Nos noticias de los espantosos sufrimientos de los pueblos, de los inauditos tormentos y muerte cruelísima de tantos queridos diocesanos; cuando supimos del martirio de sacerdotes meritísimos sañudamente sacrificados con refinada barbarie; cuando, por conocer al detalle las parroquias de la Diócesis, imaginábamos, al vivo, el infernal espectáculo de tantos hechos inauditos del más furioso salvajismo; los incendios de iglesias y conventos, las sacrílegas profanaciones de la Sagrada Euca-

ristía, la mutilación y destrucción de las imágenes del Redentor, de la Santísima Virgen y de los Santos, sin importar a los bárbaros ejecutores el valor artístico de muchas de ellas, ni la tradición secular de la piedad de los pueblos; cuando como consecuencia de este frenesí demoníaco, —verdadero *satanismo*—, nos informaron que bestialmente asesinaban a los mejores vecinos y más destacados ciudadanos, por el único crimen de ser firmes pilares del orden en el pueblo con su acrisolada honradez y no obstante haber sembrado el bien con mano pródiga entre sus convecinos..., se horrorizaba todo nuestro ser hasta llegar a la máxima tensión espiritual, sintiendo en el corazón escalofriante dolor de desgarramiento; y fué entonces cuando más lamentábamos no hallarnos entre vosotros para recoger siquiera vuestras lágrimas, bendecir a los que caían víctimas del odio infernal y, si no pudiéramos otra cosa, para ofrecer a cuantos habéis sufrido y continuais sufriendo, el regazo de un Padre que se conduele de vuestro calvario y participa de vuestra tribulación.

Bien veis, V. H. y a. h., que sin pretenderlo, nos hemos de enfrentar con el carácter y las causas de de la revolución impía que ha sembrado de ruinas nuestra Patria. Ha estallado de súbito, pero se incubó durante lustros en turbio maridaje y contubernio maléfico con sectas ocultas, con la masonería y otros poderes satánicos. Y ha pretendido estrangular, no solo la vida religiosa, sino la libre dignidad humana, subvirtiendo la

justicia en el orden social y colocando en trance de perecer la misma existencia de la España que llora y se desangra.

Indudablemente, la presente resolución marxista es francamente satánica. Su origen, su preparación inmediata, los planes horrendos llevados a la práctica, donde dominan sus secuaces, *nos conducen a las tenebrosas profundidades del mal*, según frase de San Juan en su Evangelio.

La vida inicial del marxismo se encuentra en sistemas ateos de la izquierda Hegeliana que, azuzando turbias pasiones del proletariado universal, aspira a derrocar las bases cristianas sobre que descansa la civilización que nació en el Gólgota, construyendo sobre las ruinas y bases ateas un nuevo orden utópico.

Es inútil forcejear contra los principios. Alguien ha dicho que la guerra presente de España es «la lucha entre la civilización y la barbarie»; quizá fuera más exacto decir que es choque sangriento entre los seguidores de Cristo y «los Sin Dios» o sea la lucha entre la vida católica—tesoro de un pueblo—y la barbarie del ateísmo, ya que el marxismo, por lo que a la Religión atañe, es ateísmo neto con disfraz o sin careta. Y la Historia nos convence de que el ateísmo, como fenómeno social en naciones y pueblos, se desconocía hasta la edad contemporánea. Triste privilegio de lo que han dado en llamar progreso moderno, es ésta lacra, no ya de la indiferencia o incredulidad, sino del ateísmo degradante y bestial. Porque si quitáis

al hombre la fe en Dios, suprimís en él lo que más ennoblece y sublima su naturaleza racional. Antes de ahora se consideraba el ateísmo como una aberración aislada, como un canto errático en la estructuración de la Historia de la Humanidad. Y con razón, porque repugna que la sociedad viva sin Dios. La épica lucha que estamos sosteniendo, pone de manifiesto cómo, para grandes muchedumbres modernas, la estima de Dios no ha podido llegar a menos, a la par que la degradación religiosa no ha podido tampoco llegar a más. Gravísimas, sin duda, han tenido que ser las quiebras que padece el pueblo en su religión, cuando ha hecho posible la aparición del ateísmo como fenómeno social, con todo su cortejo de odios, de ferocidades y de crímenes espantosos.

La preparación inmediata de la horrenda revolución marxista que venimos padeciendo, no es resultado de unas semanas o de unos meses; previsora-mente se ha elaborado durante mucho tiempo. Y tal vez algunos estimen incomprensible los derroteros que sigue; pero también la perversidad tiene su lógica y no se detiene a la mitad del camino. Corresponde en esto una responsabilidad decisiva a los poderes de la Masonería, a la organización internacional de los «Sin Dios» y a ese turbio nubarrón de pasiones e indignidades que se cierne de súbito sobre el horizonte de las naciones, como consecuencia ineludible y castigo providencial del incumplimiento colectivo o individual de los deberes morales, sociales y religiosos.

Aparecen entonces las palabras fatídicas: «Mané, Thécel, Phares» que mano misteriosa escribe a los postes de un banquete y es, en nuestro caso, el ojo de Dios que mira justiciero a los ejecutores y cómplices de tales transgresiones. de tan abominables concupiscencias y tan inconcebibles egoismos.

En cuanto a los planes horrendos que pretendían llevar a la práctica, no hay sino recordar lo acontecido y ver lo que siguen haciendo en poblaciones dominadas aún por las hordas rojas: saquéos, violaciones, sacrilegios, torturas, asesinatos, crímenes, en fin, repugnantes que execra toda conciencia honrada y que la Historia habrá de escribir con caracteres de sangre. Pero ante todo y sobre todo se ha exacerbado el odio contra cosas y personas sagradas con tan diabólico furor, que han hecho brotar de nuestro corazón lacerado gemidos inefables y raudales de lágrimas.

Las revoluciones no carecen de instinto y son certeras en sus asaltos. Ninguno da cuartel a Dios, ni a la Iglesia Católica que es la única Religión verdadera. *La verdad tiene trabada lucha para siempre jamás con el poder de las tinieblas*, como dice el evangelista San Juan. Mas siendo impotentes los revolucionarios para luchar directamente contra Dios, despojan las iglesias—que son su templo—, las profanan con toda suerte de sacrilegios, las destruyen e incendian.

Par del furor contra los templos, es su rabia enconada hacia los sacerdotes y religiosos, reservando una persecución más sañuda, si cabe, contra los

miembros más eminentes de la Jerarquía, los Obispos. Solo así se explica el número de Prelados, víctimas del odio anticristiano del marxismo. Copartícipes de este odio, y por tanto de la gloria del martirio, son multitud de personas calificadas y cristianas de acción, y, en definitiva, todo aquel que de algún modo represente los principios de orden religioso o resplandezca por su conducta irreprochable. Si hay alguna cosa evidente es que la lucha desatada por el marxismo revolucionario, va directamente contra la Religión y contra todo aquel que honra y glorifica a Dios.

El marxismo, además, ha sido sincero; aborrece a Dios y a cuanto con Él diga relación y en la persecución emprendida ha sabido infiltrar en las masas el odio contra todo lo santo, fanatizándolas con el veneno anticristiano y prometiéndolas un bienestar no soñado y un paraíso fantástico. Para alejar la violenta reacción que ellos tenían, empleaban palabras pomposas con las cuales engañaban a tantos incautos y así usaban, como meta de sus propagandas, la palabra *laicismo*. Laicismo en el Estado, laicismo en la enseñanza, laicismo en la familia, ¿qué es todo esto sino borrar, si en su mano estuviera, el nombre de Dios de la sociedad humana? Y, en efecto, el laicismo desterró el Crucifijo de las escuelas, suprimió la enseñanza religiosa, arrasó la constitución cristiana de la familia y quitó de los Cementerios la Cruz, signo consolador de esperanza inacabable. Los resultados no se hicieron esperar y es, a. h. que, cuando

se destierra a Dios de la sociedad, los más terribles males abátense sobre ella. *La ira del cielo desciende a devorar*—como se lee en el Sagrado libro del Deuteronomio—*la tierra y cuanto en ella vive, calcinando hasta el basamento de las montañas.*

¿Qué extraño es que contra tan tenebrosos planes se levante el católico pueblo español dispuesto, con su proverbial bravura y gallardas gestas, a la Cruzada más heróica que registra la Historia? Porque si en otras naciones el laicismo produce los frutos más amargos, en España, donde la Religión Católica es la inspiradora e informadora de toda su vida, quien le ha dado el ser y sin la cual no hay alma, ni carácter, ni espíritu nacional, el clarín del laicismo es arrebatado de conjuración de traidores contra la independencia de la Patria y la existencia misma de la nación; es pura y netamente, como lo hemos presenciado, el nihilismo de las depredaciones, de los asesinatos, de los incendios... Pero Dios no había de permitir que se destruyera la España católica, a la que hemos visto ahora despertar del sueño letárgico en que vivía y, con desperezo de león herido, se ha puesto en pie cuanto de sano había en ella, lanzándose a la pelea con virilidad sobrehumana y con todo su acervo espiritual «por defender—son palabras del Papa—los derechos y el honor de Dios y la Religión» y logrando que esta revolución sea una guerra santa y patriótica, verdadera Cruzada que lleva vinculada la protección del cielo en visibles portentos y miraculosa asistencia, como en el

Antiguo Testamento luciera con el pueblo escogido; y es que también ahora va Aarón peleando y Moisés orando. Se está viendo palmariamente la fe en Dios y en la Patria. Brazos fuertes entrando en combate con singular denuedo y con espíritu indomable, y otros en alto ofreciendo sacrificios y plegarias, y a la vez pueblos enteros pidiendo día y noche, con las rodillas hincadas, al Dios de los Ejércitos, la humillación de los enemigos de su Iglesia Santa y la redención de la gloriosa España, hoy teñida en sangre.

Pero volvamos la mirada, a. h., a esta querida Diócesis, bien apropiadamente llamada «tierra de mártires».

Se estremece y conturba Nuestro corazón al recordar, con lágrimas de honda emoción en los ojos, la cifra aterradora y doloroso recuento de víctimas sacrificadas que constituían una porción selecta de nuestra amadísima grey y cuyas sepulturas aparecen cubiertas con las flores rojas del martirio. El mayor número lo forman aquellos que *estaban sellados*, como se escribe en el Apocalipsis, *con el sello del Cordero*; y es que la revolución traía, como lema, quemar todo cuanto llevase estampado el nombre de Cristo. Encontrar en los detenidos el Crucifijo, o un escapulario, descubrir en las casas, al saquearlas, algún Oratorio, o cuadros religiosos; en una palabra, convencerse, y muchas veces sólo el sospechar que el delatado era un católico de acción, constituía un peligro gravísimo. Pero la presa más codiciada ha sido, en general, el

Sacerdote por su carácter de representante de Dios y de la Religión Católica, y porque con su vida de abnegación y sacrificio, es muda, pero severa advertencia contra el mundo y contra el desorden.

No olvidamos a las demás víctimas, pues aun los niños inconscientes han sido decorados con el privilegio de morir mártires por Dios y por la Patria; no olvidamos que varios entre vosotros, amadísimos diocesanos, sufrísteis el furor de la turba satanizada porque habíais dado refugio hospitalario al religioso, o sacerdote fugitivo, porque guardásteis en vuestras casas imágenes o alhajas de la Iglesia. Pero habréis de permitirnos que consagremos un recuerdo especial a nuestros y vuestros sacerdotes, ya que ellos son los más genuinos amadores del pueblo.

Gracia singular ha sido para la Diócesis, a. h., que todos hayan muerto, con admirable ejemplaridad, fieles a Dios y a su fe. De muchos de ellos podemos decir que ha sido esta la ocasión para ponerse de manifiesto el exquisito aroma de sus finas virtudes, como sucede con los pomos de perfume que, cuanto más los trituran, más se derrama y se exterioriza la esencia que contienen. La sólida piedad de estos sacerdotes, su constancia, su delicada religiosidad fueron admirables en medio de los acerbos tormentos. Los sicarios buscaban y por todos los medios pretendían su apostasía, pero la crueldad de sus torturas sólo sirvió para enaltecer la denodada constancia de su fe, y murieron glorificados predicando el sermón más elocuente.

te y edificante de su vida ministerial, y prefiriendo el martirio glorioso, a la denigrante defección. Aquel Venerable Obispo del Asia, San Policarpo, a quien llamaban «Padre de los cristianos», cuando, arrebatándole sus verdugos, le llevaron ante el Tribunal, «Blasfema de Cristo—le decía el Proconsul—y ofrece incienso a la estatua del Emperador», Policarpo replicaba: «Más de ochenta años hace que sirvo a Cristo y no he recibido de El sino beneficios, justo es que mis labios le alaben y bendigan». Así también estos carísimos sacerdotes han sucumbido imitando al Martir de la Cruz Nuestro Señor Jesucristo, pues han muerto perdonando y, cuando les era permitido, confortaban con exhortaciones piadosas a la triste comitiva que formaban otros, igualmente sentenciados a muerte, abriendo en su alma vivos sentimientos de fe y de inmortales esperanzas.

Nuestro espíritu de Obispo se ensombrece por la pérdida de tan celosos ministros de Dios y cooperadores nuestros. Mas ellos velarán, desde el cielo, por las parroquias y, de sus cenizas y de la sangre de sus martirios, hará resurgir el Señor continuadores de su ministerio pastoral, y vosotros, los supervivientes, V. H., ante el vibrante ejemplo de su martirio, venís obligados a excitar vivamente vuestro celo y apostolado sacerdotal. No solamente ha de ser necesario que algunos tomen sobre sus hombros la doble carga de atender espiritualmente a las parroquias huérfanas, sino

que se hace preciso promover intensísima reconstrucción religiosa en toda la Diócesis.

Los males de la sociedad, agravados por los acontecimientos que, con el corazón sangrante, estamos deplorando, no se curan sino acercándose los pueblos a Cristo que es *camino, verdad y vida*. Pues bien, el sacerdote ha de mostrar a las almas desorientadas y alejadas de Dios, el camino recto y seguro; les ha de enseñar la verdad, mediante la predicación del Evangelio y les ha de comunicar la vida por la piedad y recepción frecuente de los Sacramentos.

Bien conocen los venerables sacerdotes su obligación de ser *luz del mundo y sal de la tierra* y saben sobradamente que ninguno de estos ministerios se alcanza y se ejerce fructuosamente, sin vida de oración y de sacrificio que son, y han de ser siempre, el distintivo de la vida sacerdotal. El Papa Pío X, de santa memoria, en el L.º aniversario de su sacerdocio, exhortando al Clero al espíritu de mortificación y sacrificio, decía, «Las palabras del Apóstol: *los que son de Cristo crucificaron su carne con los vicios y concupiscencias*, están en vigor en todas las edades y se aplican a todos los fieles, pero dicen mejor con los sacerdotes».

En cuanto a la vida de oración, el mismo venerado Pontífice pondera «cuánta necesidad tiene el sacerdote de vagar todos los días a la contemplación de las cosas del cielo... para en ellas estribar—ya que debe te-

ner su gusto en las cosas de Dios—señalar y aconsejar con ahinco su cumplimiento».

Imperativa y urgentísima es la necesidad de la enseñanza religiosa. Todos vosotros, amadísimos cooperadores, experimentáis, en el ejercicio de vuestro ministerio, cuán profunda es la ignorancia de los fieles acerca de nuestros dogmas y sobre el alcance de los mandamientos divinos.

Por eso—de modo especial los últimos Papas—han dado la voz de alarma sobre la creciente ignorancia religiosa del pueblo cristiano, y han vindicado las prescripciones gravísimas del Santo Concilio de Trento en lo referente a la obligación de los párrocos a enseñar el catecismo e insistir en la instrucción religiosa de los fieles. Nada hay, por consiguiente, que preceptuar de nuevo, sino urgir lo ya preceptuado por los Concilios, por el Código de Derecho Canónico y por los Sumos Pontífices.

Esforzáos, pues, carísimos sacerdotes, por adoc-trinar al pueblo trabajando para arrancar la cizaña que en la heredad ha sembrado el enemigo, renovar, y hacer que florezca la vida cristiana, en ésta nuestra amada Diócesis, ayudados, al efecto, por las diversas ramas de Acción Católica, templadas en espíritu de hondo Apostolado por la gloria de Dios y de la Iglesia.

Los acontecimientos que la adorable Providencia permite se vengán sucediendo en nuestra Patria, se ordenan, a. h., a nuestro aprovechamiento espiritual,

según nos advierte el Apóstol: *para los que aman a Dios todas las cosas cooperan al bien...* En estas pavorosas crisis todo pierde valor, excepto la virtud que, por el contrario, se acrisola, adquiere sobreeminencia y es clave de los más sorprendentes y esclarecidos triunfos.

Por eso las terribles crisis que constantemente amenazaban a las cristiandades nacientes, no estorbaban que el valor de su fe adquiriese aquel heróico temple, no igualado en épocas de paz y bienandanza. Y era que sentían una aspiración generosa de ser fieles a Dios, observaban cuidadosamente los preceptos de su Divino Maestro Cristo Jesús, se alimentaban frecuentemente con la Eucaristía y velaban por vivir en la tierra una vida celestial. No eran sólo cristianos en el templo; lo eran en la vida familiar, en el trato con los prójimos, aún con los paganos, en la prestación de mutuos servicios, en el campo, en la aldea y en la ciudad. La santidad de Cristo y la doctrina evangélica penetraba todos los actos de su vida.

Pues imitemos estos saludables ejemplos, y sobre todo vosotros, padres de familia, inculcad el santo temor de Dios a vuestros hijos, porque el patrimonio de la educación religiosa vale más que todos los tesoros. Si se ha de recristianizar la sociedad, es menester que la familia sea profundamente religiosa y de ahí la primordial y básica solicitud de los padres por educar a sus hijos en los principios netamente cristianos. «Os desvivís—decía el Crisóstomo—por piedras y arteso-

nados y no paráis atención en el alma del hijo que es la más preciosa de las estatuas». Y ya que, con generosidad rayana en heroísmo, habéis ofrendado, sin regateos, en esta sublime epopeya y exaltación de españolismo, y la sangre y la vida de vuestros hijos por Dios y por España, dirigid y gobernad vuestros hogares, con tanto amor como entereza y con tanta entereza como amor, sin consentir que se debilite vuestra autoridad ante las demandas de indulgencia que, en determinadas circunstancias, os hagan vuestros hijos, pues ya sabéis, por triste y lamentable experiencia, los males irremediables que de esas condescendencias se siguen. Poned, pues, firmeza paternal en vuestras ordenaciones y exigid la debida obediencia filial a ellas, bien entendido que, si no se restablece el hogar racial de la España auténtica—que es la genuinamente cristiana—todos los sacrificios hechos, y que se sigan haciendo, serán completamente estériles.

Y ahora, dos palabras a nuestros queridos jóvenes!

Apenas sonó el clarín guerrero, acudísteis a la defensa de la Patria con entusiasmo nunca superado y podríamos añadir, jamás igualado, y vais sembrando el suelo patrio de gestas heroicas, cada día más enardecidos, batalla a batalla, de victoria en victoria y de triunfo en triunfo.

Pues bien, a tono con esta nota armónica, ha de surgir en vosotros el florecimiento de la vida cristiana. Todo lo ocurrido es profundamente aleccionador, y lógicamente, se hace preciso que aquella afeminación

muelle y regalada, contra la que tantas censuras hemos lanzado; aquel lamentable estado de frivolidad y relajamiento de costumbres haya muerto para nunca más vivir. Es menester que demostréis, con el más exacto y esmerado cumplimiento de los deberes cristianos, que esas medallas e insignias religiosas, pendientes de vuestro pecho, no son cosa esporádica y meramente espectacular, sino que responde a un convencimiento íntimo y que, entre las muchas batallas ganadas, quede bien señalada la obtenida venciendo al maldito respeto humano que tantos prisioneros había hecho.

Exhortamos, finalmente, a todos nuestros amadísimos diocesanos a que, en vista de las ruinas que se han acumulado sobre nuestra patria, renovéis el espíritu de austeridad en vuestras costumbres y de honda penitencia, convencidos, como estamos, de que Dios Nuestro Señor nos visita con azote de justicia por nuestras prevaricaciones.

Despertad, asimismo, en vosotros el espíritu de ardiente caridad, volved vuestros ojos a los que sufren y dulcificad, con amorosa ternura, las penalidades de tantos desventurados que perdieron al padre, al esposo, a los hijos y que su pan cotidiano son las lágrimas. Sobre todo ahogad, con magnánima y santa caridad, ese rescoldo pavoroso de odios y rencores que infierne a los hermanos, después de una lucha tan sangrienta y horrorosa. Considerad que los pueblos no llegan a una reconciliación cordial, sino mediante «la paz de

Cristo en el reino de Cristo». No escuchéis los clamores de la pasión; prestad oídos dóciles a la dulce sugestión de la caridad cristiana que, según precepto de Nuestro Salvador, ha de extenderse también a nuestros enemigos. La caridad deja de serlo, si no es dulce y bienhechora. Haced que arda vuestro corazón en las llamas de esta caridad y espíritu de concordia, mediante el amor a la Santa Iglesia, madre nuestra tiernísima, que restaña y cura todas estas llagas sociales. Como cristianos que sois, no habéis de perder nunca el sentimiento de «caridad en la unidad», sentimiento que se matiza con maternales ternuras dentro del regazo de la Iglesia. Repitamos aquella estrofa dulcísima: «Nos ha reunido a todos en uno el amor de Cristo». Y, en efecto, todos somos hermanos en un mismo Padre; ese sentimiento de hermandad ha de manifestarse, de modo especial, en los trances y amarguras presentes, extendiendo por doquiera las generosas influencias de nuestra caridad y hagamos, de esta nuestra amada Diócesis de Córdoba, una sola familia al impulso del amor de Cristo. Unidos por este amor, continuemos la peregrinación por el destierro, fijas las esperanzas en la Jerusalén celeste, donde seremos unos con Cristo, felices y bienaventurados con bienandanza perenne.

Con fervientes anhelos de la paz divina que el Niño Benditísimo de Belén trajo a la tierra y de la cual tan hambrientos estamos los buenos españoles, os bendecimos de corazón en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo †. Amén.

Dada en Nuestro Palacio Episcopal de Córdoba en la Fiesta de San Esteban, Protomartir del Cristianismo. 1936.

† **Adolfo**, OBISPO DE CÓRDOBA.



Léase esta Exhortación al pueblo fiel.